

el parque

de los

nombres.

René Martínez

“Entre los nuevos barrios y poblaciones que se están formando, sin duda uno de los más importantes es el que se ha originado últimamente al norte del Campo de Marte, entre las calles Dieziocho y de Padura.

Hace apenas un año una gran parte de este terreno estaba completamente despoblado, no había más que algunas pequeñas chacras de poca consideración.

Hoy, sin embargo, es una verdadera población con algunos miles de habitantes que cuenta con dos anchas calles de norte a sur y varias de oriente a poniente...”

El Ferrocarril, 6 de octubre 1871.

La Pampa.

Corría el año 1841. El General Don Manuel Bulnes, el vencedor de Yungay que desempeñaba la primera magistratura de la República y su Ministro de Guerra y Marina Don José Santiago Aldunate, ponían firma y alambicada rúbrica a un Decreto del Congreso Nacional que autorizaba la compra de un terreno para la instrucción militar. El terreno elegido era una llanura seca y polvorienta rodeada de zarzales, ubicada en los alrededores del sur de Santiago, sitio donde el ejército realizaba sus ejercicios de rutina. Conocidas las disposiciones de la nueva ley, propietarios de chacras comarcanas ofrecieron en venta algunos retazos de terreno que completaron un cuadrilátero entre el camino de Cintura y el Callejón de la Aguada, el Callejón de Padura y la actual Avenida Viel.

Hacia el norte de esta llanura se extendía una zona de chacras y potreros que llegaban prácticamente hasta el antiguo cascajal de la cañada que había venido terraplenándose desde 1818 y que se encontraba ya hermoso con una doble hilera de álamos, desde la iglesia de San Francisco hasta el Callejón de Ugarte y la ermita de San Lázaro¹.

La marcha de la Alameda hasta La Pampa de los ejércitos militares, se realizaba por el angosto Callejón de Padura², alineamiento de ranchos miserables, hasta cruzar la "acequia grande" que corría a tajo abierto y que en ese sector derramaba inmundicias y desperdicios recogidos a su paso por el Callejón de Ñuñoa³.

Santiago recién comenzaba a sacudir la modorra colonial y se empinaba a los 100.000 habitantes. Los caballeros y la gente "decente" vivían en el elegante damero regular situado entre la Alameda y el río. El Barrio Sur de la Alameda, correspondía al barrio bajo, irregular y desorganizado, nacido y desarro-



llado en forma espontánea cercado de tapiales y diseminado de ranchos y de quinchas.

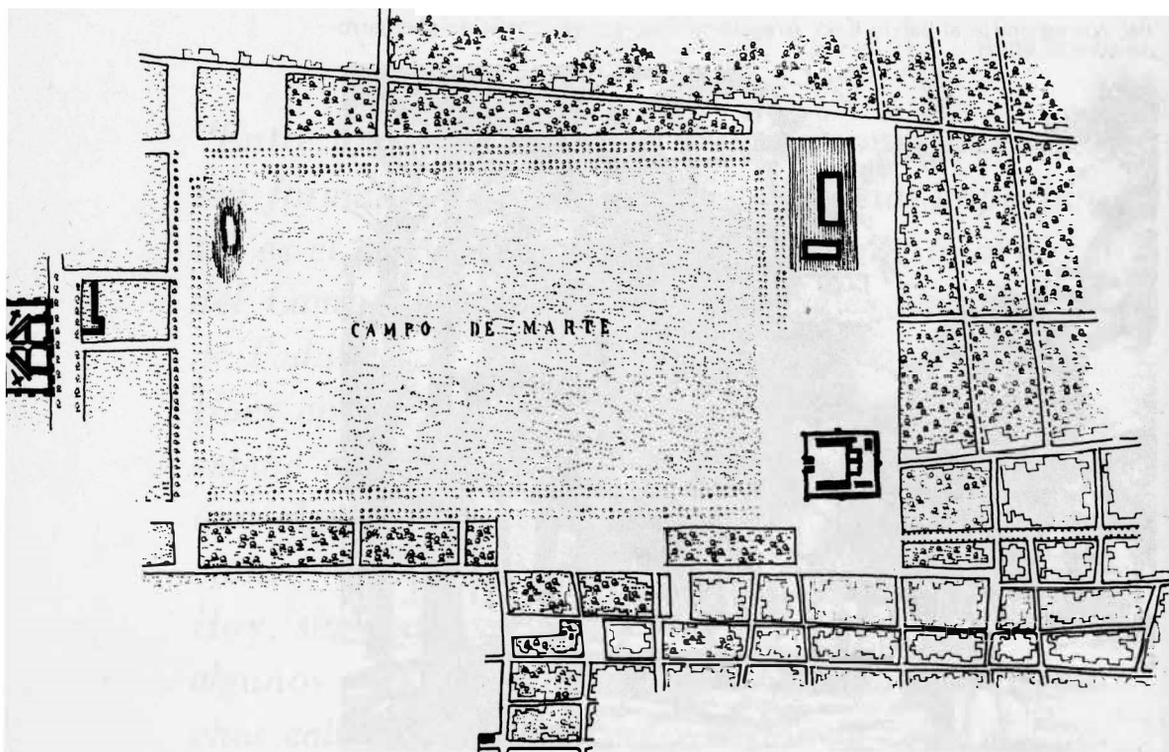
El plano del señor Herbage, Don Juan, (Arquitecto), dedicado al señor Presidente y fechado en 1841, muestra la parte sur de la ciudad, extendiéndose entre La Ollería (Portugal), por el oriente; el Callejón de Ñuñoa (10 de Julio), por el sur y la calle de Ugarte (Lord Cochrane) por el poniente. Fuera de este escaso radio y aún incluído en él, se encontraban extensos potreros, chácaras y cuadras de viña.

Así la pampa adquirida por el gobierno, se encontraba a considerable distancia de la gran aldea que era Santiago. La distancia, sin embargo, no fue obstáculo para que los ejercicios militares comenzaran a atraer a multitud de paseantes que llegaban en pos de esparcimiento, a lo que mitológicamente y a la francesa comenzó a llamarse Campo de Marte.

El Campo de Marte.

El Campo de Marte hacia 1864, según testimonio de un contemporáneo no era sino:

“Una llanura seca, cuadrada, cerrada por un foso a lo largo de sus cuatro costados; terreno eriazo lleno de polvo en verano y lodo en invierno. Desde agosto hasta noviembre verdeaba o se cubría de grandes manchas de flores amarillas despidiendo un olor suave y fresco de primavera”⁴.



Tal descripción corresponde a la que aparece en el Plano Topográfico de la ciudad de Santiago de 1864 del Ingeniero Mostardi Fioretti.

Desde 1843, tanto por su situación extramuros como porque comenzaba a delinearse y organizarse el sector, se inician los trabajos de una serie de obras públicas, tales como la Cárcel Penitenciaria proyectada por el Ingeniero Don Adriano Silva; el Cuartel de Artillería o Parque General del Ejército proyectado por el General José Francisco Gana, iniciado en 1854 en el terreno de los actuales Arsenales y el Presidio en 1858 en los terrenos de la actual Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

En el costado oriente se estableció una cancha de carreras "a la chilena", que dio origen posteriormente al Club Hípico de Santiago.

Sin embargo, la gran atracción del Campo de Marte eran sus ejercicios militares que los batallones de la Guardia Nacional, realizaban los domingos anteriores a la gran Parada del día 19 de septiembre:

"Todos, soldados y oficiales iban de pantalón blanco de brin, y como el resto del vestuario estaba bueno, a lo lejos no daba la tropa mal aspecto. No era lo mismo de cerca, pues los soldados iban descuidados y peludos y no se mantenían con rigidez ni formalidad. Su armamento era de fusiles de chispa... de los mismos de las guerras napoleónicas y de las campañas de la independencia de América. La instrucción consistía, a más de los fogeos con que querían acostumbrar a no pestañear a los reclusos en evoluciones... que debían ser difíciles...

De tirar al blanco o de ejercicios de campaña no se hablaba nunca; si algún jefe se le hubiera ocurrido tal cosa, le había hecho contestar el mismo Ministro de la Guerra que no fuera embelequero..."

"La caballería cívica, a pesar de ir montada en caballos verdaderos (SIC), infundía menos respeto. Estaba compuesta de regimientos de campesinos de las cercanías de Santiago, principalmente de Ñuñoa, sólo a gran distancia se les podía atribuir un aspecto marcial. La gente del pueblo se divertía y se burlaba de estas milicias y no se los designaba, sino con el nombre de los Miguelinos o los papeiros..."

Muy diferente a todo eso era la tropa de línea... Todos ellos se veían perfectamente armados, sus maniobras eran ejecutadas con precisión mágica. El Batallón Buin con sus 600 plazas echaba al hombro sus fusiles no viéndose más que un sólo movimiento ni oyéndose más que un solo ruido sordo. La caballería montaba caballos chicos y briosos que sacaban chispas de los empedrados o al resbalar sobre las veredas, pues salía el regimiento formado en filas que no alcanzaban a contener el ancho escaso de las calzadas..."⁵



Este lucido espectáculo, unido al suave sol de septiembre, atraía tanto al pueblo como a las familias acomodadas. No habían llegado todavía a este lejano rincón del mundo los refinamientos ni las "ostentaciones" derivadas de la influencia francesa que se haría sentir en la segunda mitad del siglo.

Así, en tiempos de Martín Rivas, las señoras "iban a este paseo en calesa y a veces en carreta, vehículo que en tales días usan ahora solamente las clases inferiores", y los hombres, "en vez de sillas y caballos *inglesados*, sacaban a relucir las enormes sillas y pellones, las botas de campo y las espuelas de pasmosa dimensión que han llegado a ser de uso exclusivo de los verdaderos huasos" ⁶

Si, el Campo de Marte podía "*tener nombre de general francés*", pero sus "flores amarillas despidiendo un suave olor a primavera", eran puro campo chileno, y los buenos patriotas que brotan en septiembre, (ojalá brotaran todo el año), lo siguieron llamando La Pampa como en sus años primerizos.

El Parque Cousiño.

La segunda mitad del siglo trae, sin embargo, vientos de cambio. Las grandes fortunas originadas en el descubrimiento de minerales de Chañarcillo, Caracoles, Tamaya, la explotación del carbón de Lota, el crecimiento del comercio de exportación de productos agrícolas, contribuyen a transformar la fisonomía de la aldea. Como anota Francisco Antonio Encina, la prosperidad económica "trajo como consecuencia un cambio en las costumbres y necesidades de la sociedad, en cuyos gustos se acentuó la influencia extranjera, debido al mayor contacto con Europa, los extranjeros que nos visitan y a los chilenos que viajaron al exterior" ⁷.

Estos últimos no se conformaron sólo con volver, sino que atrajeron a "*faire l'Amérique*" a Monsieur Claude Francois Brunet Debaines, Monsieur Lucien Henault o Monsieur Paul Lathoud. Junto a ellos, el Signor Eusebio Chelli, Herr Theodor Burchardt y aún el americano Mister Jesse Westmore, trajeron consigo el gusto por el estilo.

Santiago comienza a poblarse de palacios Restauración y Luis Felipe, además de toda la gama posible de estilos históricos o pseudo históricos. Un viajero escribe a propósito de esta irrupción arquitectónica:



"Los chilenos han preferido ir a buscar su inspiración en los templos griegos del siglo de Pericles y en los castillos medioevales de la época de las cruzadas, como se manifiesta en el edificio del Congreso y en las torres del Santa Lucía. Una ausencia semejante, no sólo de originalidad, sino también de las más elementales ideas de adaptación a un fin útil, a la comodidad, etc., se manifiesta en muchos casos particulares que la riqueza o la vanidad han erigido. Un señor tiene una casa al estilo de Pompeya; otro se ha hecho construir un sombrío edificio de un falso Tudor y otro ha querido ser más original y ha pedido un palacete turco-siamés con cúpulas y minaretes". ⁸



La mayor parte de estas fantasías de nuevo rico ha desaparecido. Sólo restan incólumes, melancólicos, extravagantes, solitarios, desafiando al tiempo, los túmulos egipcios, etruscos, góticos, bizantinos, que esos mismos propietarios levantaron en las tranquilas avenidas del Panteón de Santiago. Es allí donde todavía es posible ver la colección más desenfundada de esa corriente histórico-esteticista del post-romanticismo europeo.

Pero la influencia profunda, sostenida, perdurable, la que se manifiesta en las costumbres, la vida social, la arquitectura, el mobiliario, el arte, el paisajismo es la influencia francesa.

Es así como Vicuña Mackenna lanza por primera vez en 1856 la idea de crear un bosque en el Campo de Marte.

“Los paseos más hermosos de Europa son los que están bajo los árboles. El Bois de Boulogne en París, Hyde Park en Londres, el Prater de Viena, el Casino en Florencia, son citados con razón entre los más bellos porque nada gusta más a los que viven entre paredes que el follaje verde de los bosques mecido por la brisa...”

*“En uno de los ángulos del Campo de Marte, podría fácilmente crearse en pocos años un bosquecillo de poca extensión que sirviera de contraste a esa pradera desnuda y en la que se encontrara en el torbellino de este paseo una sombra misteriosa a que acogerse...”*⁹



Dos años más tarde la iniciativa es acogida por el gobierno de Montt y por mera coincidencia su autor, el joven revolucionario Vicuña es deportado con cajas destempladas a respirar el aire mecido por la brisa y a acogerse a la sombra misteriosa de los bosques europeos...

Desembarazado de “jóvenes idealistas”, Montt, autoritario, práctico, ejecutivo, ordenó al Director de la Escuela Normal de Agricultura, el español Don Manuel Arana Bórica, la confección de planos y presupuestos para la realización de un parque en el Campo de Marte debiendo reservarse en el un lugar para campo de maniobras.

El señor Arana Bórica presentó entonces un plano *“que llenó el gusto de cuantos lo vieron, pero que quedó sin objeto a causa de la convulsión política que entonces agitó el país”*¹⁰.

El proyecto quedó así abandonado hasta el año 1870 en que don Luis Cousiño, heredero de la fabulosa fortuna de Lota, “árbitro de las elegancias de la ciudad” en una sociedad que comenzaba a rendirse al embrujo europeo, y hombre de empresa que impulsó la industria del cobre y de la seda, que fomentó la ganadería y la agricultura, que favoreció la inmigración, tomó en sus manos el abandonado proyecto dirigiendo al Ministro de la Guerra una carta que constituye un documento histórico concluyente y desmistificador.

Santiago, Enero 12 de 1870.

Señor Ministro:

En medio del período de progreso y adelanto porque pasa la capital de la República, se hace sentir la necesidad de un local espacioso de recreo para la población. Al presente, Santiago, embellecido con numerosos edificios, carece de un lugar de esta naturaleza; no cuenta con un paseo en que puedan gozar sus habitantes del aire puro y libre del campo; y sirva al mismo tiempo de un punto de reunión para nuestra sociedad. Ahora bien, señor, la necesidad manifiesta de llenar este vacío, así como la utilidad que reportaría a la capital un trabajo como el presente, me han inducido a someter a la consideración de US. el proyecto que deseo llevar a cabo. En él me propongo formar en el Campo de Marte una especie de parque, que sea al mismo tiempo que un ornato para la ciudad, un paseo que quedará exclusivamente a disposición del público de Santiago. Tal es la idea que me propongo llevar a cabo si el gobierno, creyéndola aceptable, se sirve prestarle su aprobación, limitando, sin embargo, mis deseos a las siguientes bases:

1a. Para la ejecución de un proyecto de parque se me entregará todo el terreno conocido con el nombre de Campo de Marte, debiendo ser destinado por el ingeniero que US. comisione.

2a. Una vez en posesión del terreno quedará en completa libertad para llevar a cabo el trabajo, citándome al plano del señor Arana en todo lo que creyere conveniente; bien entendido que se reservará un espacio elíptico cuyo eje mayor será de 600 metros y el menor de 150 para campo de maniobras.

3a. Para la formación de bosques, alamedas y lagos, se me darán árboles que necesitaré y el agua suficiente para el riego de éstos, formación y alimentación de aquéllos.

4a. Terminado el trabajo, cuyo costo será exclusivamente de mi cuenta, se entregará a disposición de US. a fin de que determine lo conveniente para su conservación. Si mi pensamiento tiene buena acogida en el ánimo de US. y si cree que su realización importa un bien para la población, espero se servirá manifestármelo y dar la orden correspondiente para que se me entregue el terreno a fin de llevar a efecto el proyecto.

Con toda mi consideración, tengo el honor de quedar del señor Ministro, atento y S. .

LUI COUSIÑO



A caballo regalado no se le mira el diente, y el Ministro Don Francisco Echaurren, agradeció cumplidamente como correspondía a un caballero, educado a la antigua, el generoso ofrecimiento.

La ilustre Municipalidad, sin maliciar la carga financiera que se echaba encima, aceptó y agradeció también cumplida y versallescamente,

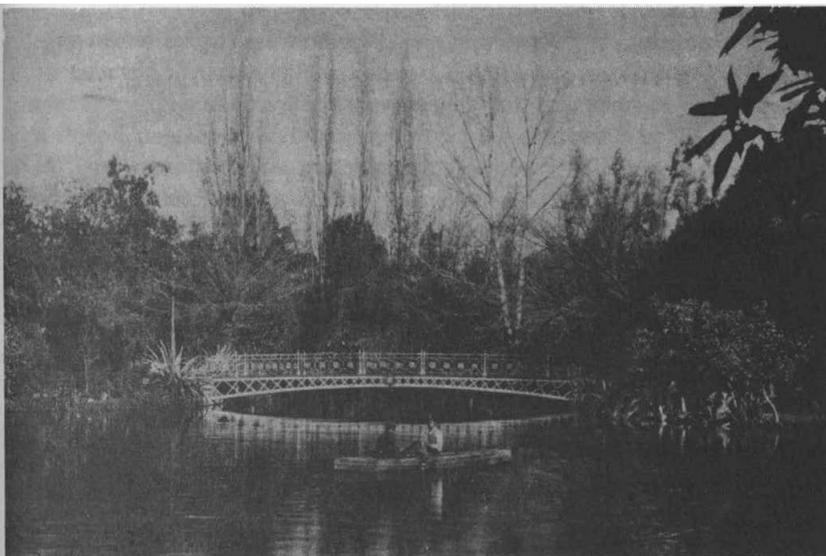
El diario *El Ferrocarril*, cuyo sólo nombre era símbolo de Progreso, celebró alborozadamente la iniciativa:

“Dentro de algún tiempo Santiago contará con un *Bois de Boulogne*... muy luego comenzarán los trabajos que han de convertir La Pampa (¡no les dije!) en un hermoso paseo rodeado de árboles, con lagunas, fuentes, bosquecillos...”¹¹ La imaginación popular comienza a hablar de una monumental columna de mármol con una estatua de colosales dimensiones que, ubicada en el centro de la “eclipse” serviría para conmemorar las glorias de la patria.

Los trabajos se realizaron aceleradamente hasta culminar con la colocación de la magnífica reja de fierro forjado, ejecutado en la fábrica de Lyon y cuyo costo llegaba a la desorbitante suma de ocho mil pesos, en tiempos de que daban hasta 5 francos por peso.

La colocación fue dirigida por el propio Lathoud, “quien hizo en Lyon los dibujos de esta reja monumental... y que con galantería y desprendimiento que le honran ha ofrecido dirigir todos los gastos gratuitamente”¹². El señor Lathoud dirigía en el intertanto, aunque no tan gratuitamente, los trabajos de construcción del Palacio de Don Luis Cousiño en la calle del Dieziocho, la Avenue du Bois santiaguina...

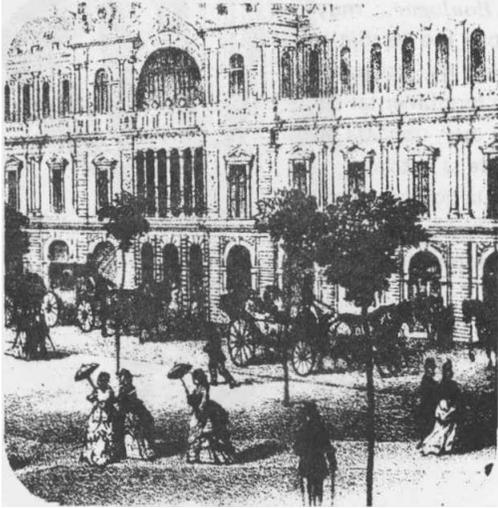
La inauguración se realizó en enero de 1873, cuando Don Benjamín Vicuña Mackenna era Intendente de Santiago. Los retrógrados pelucones, enemigos de los cambios, habían sido aventados y los pipiolos progresistas se encargaban de conducir al país por la senda de la luz y... de la intervención electoral... Vicuña Mackenna regresaba de una extensa gira por Europa, y aunque liberal de los buenos, su fuerte personalidad era suficiente para inquietar a los miembros de su propio partido. Así, dice Encina, el Presidente Errázuriz “astuta-



mente urdió distraerlo del teatro político encausando su pasmoso dinamismo en el desempeño de la Intendencia de Santiago y en la transformación de la ciudad”.

El nuevo Intendente contribuye a darle los últimos toques al parque disponiendo servicio de guarda-bosques con traje de gala para Pascua de Resurrección y retreta los domingos.

Pero no todo eran galas y música para Don Benjamín. Por Decreto de 3 de junio de 1872 dio nombre a las cuatro avenidas que circundan el parque:



“La vía oriente se denominará, en memoria del valiente y popular General de nuestro Ejército Nacional, Don Benjamín Viel...”

La opuesta se llamará Av. Beauchef, en honor del heroico captor de Valdivia, del soldado francés, bravo por excelencia, que siempre condujo nuestras tropas a la victoria...

La Avenida Norte llevará el nombre... del joven inglés cuya bravura fue igual a su hidalguía, que a la edad escasa de treinta años había alcanzado uno de altos puestos de nuestro ejército... Don Fernando De Vic Tupper...

La Avenida meridional recordará el nombre del honrado General del Ejército, Don José Rondizzoni, que después de haber servido en Italia, su patria, prestó honrosos servicios a la República...”

Entre tanto, consolidado ya el nuevo sector residencial de las calles Dieziocho, Ejército y Vergara, como puede verse en el Plano de Ansart de 1875, la ilusión “perfecta” del Bois y de los bulevares se va haciendo realidad. El paseo de la tarde se encausa por la Avenida del Dieziocho con sus carruajes abiertos y sus cocheros de librea deslizándose por el pavimento de adoquines de madera, traídos originalmente por mar desde Cherburgo, hasta que se consiguió que fuesen fabricados en... Conchalí!

Las crinolinas, los miriñaques y el polizón cubren las formas femeninas y la vista de un escarpín abotonado a la bajada o subida del coche basta para sublevar la imaginación de los galanes, jinetes en caballos de fina raza.

La Municipalidad entretanto procede a fijar tarifas a carruajes y jinetes a fin de obtener ingresos del inocente erotismo “fin de siecle”. La tarifa de 40 ctvos. por carruaje y 20 ctvos. por jinete serviría a la mejora y conservación del parque.

El infatigable intendente, ciego a los encantos femeninos, sigue colocando nombres a las calles contiguas al parque designado ya oficialmente COUSIÑO en sesión municipal de 22 de mayo de 1872, además del reconocimiento ciudadano.

Así surgen desde la Alameda al Sur, la calle Lorenzo Sazié, sabio filósofo francés; Grajales, el médico español; Gorbea, el matemático; Toesca, el arquitecto; Gay, el historiador francés y Domeyko, sabio naturalista polaco, rector de la Universidad.

Mientras estos reconocimientos honoríficos se sucedían al exterior del PARQUE COUSIÑO, las ochenta hectáreas de parque propiamente tal empezaban su inexorable proceso de deterioro.

Ya en 1874 la Municipalidad, siempre en falencia, comienza a tomar conciencia de la pesada carga financiera que su mantención significaba y solicita la colaboración del vecindario en forma de erogaciones “que contribuyan al ingente gasto que hoy pesa únicamente sobre el municipio”. En 1877 en informe al Municipio, el Intendente señala las necesidades financieras de la ciudad, agregando:

“No entra en este cómputo la gravosa conservación del Parque Cousiño, para lo cual la Municipalidad ha consultado una partida especial de \$ 10.000 anuales y en el cual se invierten, término medio, \$ 300 semanales”¹³.

Y así era en efecto. La mantención de prados, jardines, glorietas, bosquecillos y surtidores, constituía un gravamen que la Municipalidad no estaba en condiciones de afrontar. Buscando un medio de garantizar su mantención, se recurre al expediente de entregarlo en arrendamiento a “un inteligente especulador que ha comprendido hará su negocio manteniéndolo en buen estado”.

Por este medio se consigue retardar en parte la decadencia. El parque cerrado por pesados portones de fierro y rodeado de una alta muralla consigue, por lo menos, estar a salvo de depredaciones mayores.

La decadencia llega hasta la espléndida laguna cuyo trazado irregular daba la sensación de extensión indefinida:

“Desaparecieron con el tiempo las aves, peces y jardines que la adornaban y es hoy, falta de agua y desagües necesarios para su limpieza, sólo un estanque de agua sucia y estancada en la que queda un muelle con escasos botes y un viejo puente que conduce a una abandonada isleta”¹⁴

La historia que sigue se lee solamente en roles, propuestas, presupuestos, tasaciones e informes que lloran miserias municipales.

El parque recobra sus días de gloria en los soleados días de septiembre con el resonar de las voces de mando, el paso de los caballos y el redoble de las marchas militares. Entre los árboles, las ramadas resuenan con rasgueo de vihuelas y las voces agudas de las cantoras. Al atardecer irrumple la violencia de los gritos soeces y la alegría triste de la borrachera...

El resto del año, caídas definitivamente las rejas circundantes en 1931, se convierte en refugio habitual de maleantes y gentes de mal vivir. El viejo paseo es ahora imagen de inseguridad, peligro latente y hasta trampa mortal a horas determinadas.

No tardan en producirse asaltos y más de una vez el pasto se tiñó de rojo con la puñalada artera.

La piedad popular se manifiesta en la aparición de “animitas” que terminan haciendo uno que otro milagro para las almas simples... Los árboles se cubren de pequeñas placas agradecidas mientras las velas derraman el cerote entre las piedras.

Los árboles centenarios, como los viejos generales, mueren de pie ante la indiferencia y la desidia...

El Parque O'Higgins.

Y así llegamos al día de hoy. El parque ha sido rebautizado por Decreto y lo que es mucho más importante, remozado.

Esta etapa que naturalmente no es ni será la última, es, por su ninguna existencia "efectiva" lo más difícil de reseñar. El Parque O'Higgins es hoy prácticamente nonato y son muchos los que están deseosos de conocer a la creatura...¹⁵

Es cierto que aquí o allá, el transeunte a los automovilistas siempre apresurados logran captar fugazmente algo de lo que allí dentro sucede. Praderas verdeando, montículos, un caserío con reminiscencias de campo chileno, portones de fierro y kilómetros de reja.

Porque esa es la primera sorpresa. El parque que estuviera cercado sucesivamente por zarzales y fosos, tapias de adobe y rejas francesas auténticas, "firmadas", ha vuelto a quedar cerrado y encerrado. Una reja de puntas aguzadas, de un par de metros de alto, de simple hechura transparente, impide lo que hasta hoy era libérrima entrada desde cualquier punto de su perímetro.

Esta vez se han dosificado los ingresos y así tendremos que hablar, como en los viejos tiempos del Campo de Marte, de la entrada Norte, Sur, Este y Oeste. Con todo, el parque permanecerá relativamente bloqueado. Entre la entrada Norte y la Poniente hay "a ojo" por lo menos 800 metros y entre ésta y la entrada Sur, otros buenos 1.200 metros. Entre la entrada Norte y la Oriente, la distancia es de cerca de 600 metros y entre la Oriente y la Sur, la distancia es superior a los 1.300 metros.

Así, los 4 ingresos al parque, aunque resultan funcionales respecto a su aproximación metropolitana, no resultan en absoluto suficientes para el radio de acción vecinal. Esta es una situación fácilmente solucionable en la medida en que se manifieste la necesidad de proceder a abrir el parque hacia la comunidad inmediata, con ingresos menores a distancias razonables y dentro de las posibilidades de control.

(Recordemos por otra parte, que en 1896, la Municipalidad procedió, a petición de los vecinos de la calle Ejército a abrir una nueva entrada en la esquina de las Avenidas Tupper y Viel para mejorar la accesibilidad desde el lado norte).

Aunque resulte inoficioso -en el día de hoy- hacer un análisis de la ubicación del parque, parece útil para su uso futuro que quisiéramos efectivo e intenso, analizar sus relaciones con la ciudad que lo circunda.

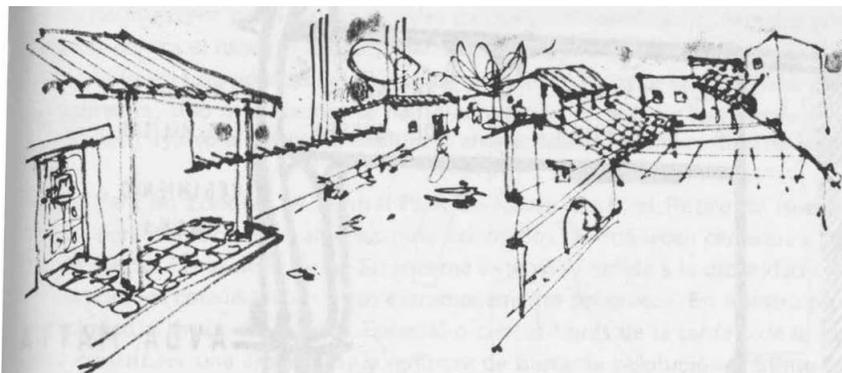
Como vasta área de recreo y de esparcimiento, el Parque Cou..., perdón, O'Higgins, está prácticamente bloqueado. El costado oriente aparece cerrado con un muro de contención, una muralla china, una barrera física, visual y psicológica: la carretera Norte-Sur. Existen sólo dos aberturas practicables: la pasada desde Avenida Matta y el puente de calle Ñuble-Rondizzoni. Entre ambas "puertas" urbanas hay una distancia de aproximadamente 1.200 metros. En el mismo costado, entre Avenida Matta y Avenida Blanco, la barrera que produce la conjunción de automóviles desde Avenida Viel y el entronque con la panamericana se convierte en una trampa mortal para los peatones, cuyo único cruce está dado peligrosamente en el nudo Blanco-San Ignacio-Castro. Los mismos edificios de la vieja Escuela Militar y el Regimiento Tacna se convierten en barreras aisladoras del sector oriente. Recordemos de paso que

Un día
feliz

le espera en

Parque
O'Higgins

abierto al pueblo
por el Gobierno del Pueblo



entre Avenida Viel y Vicuña Mackenna, *no existe una sola área verde* exceptuada la plaza Bogotá o la "tirilla" central de la Avenida Matta que aunque parezca increíble, es utilizada con ese fin por los vecinos a falta de algo mejor...

En el costado norte, los arsenales de Guerra, por una parte y el desbarajuste espacial de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, constituyen dos barreras hacia el parque. Sus únicas penetraciones están dadas por la Plazoleta de Ercilla y la calle Tupper desde el poniente.

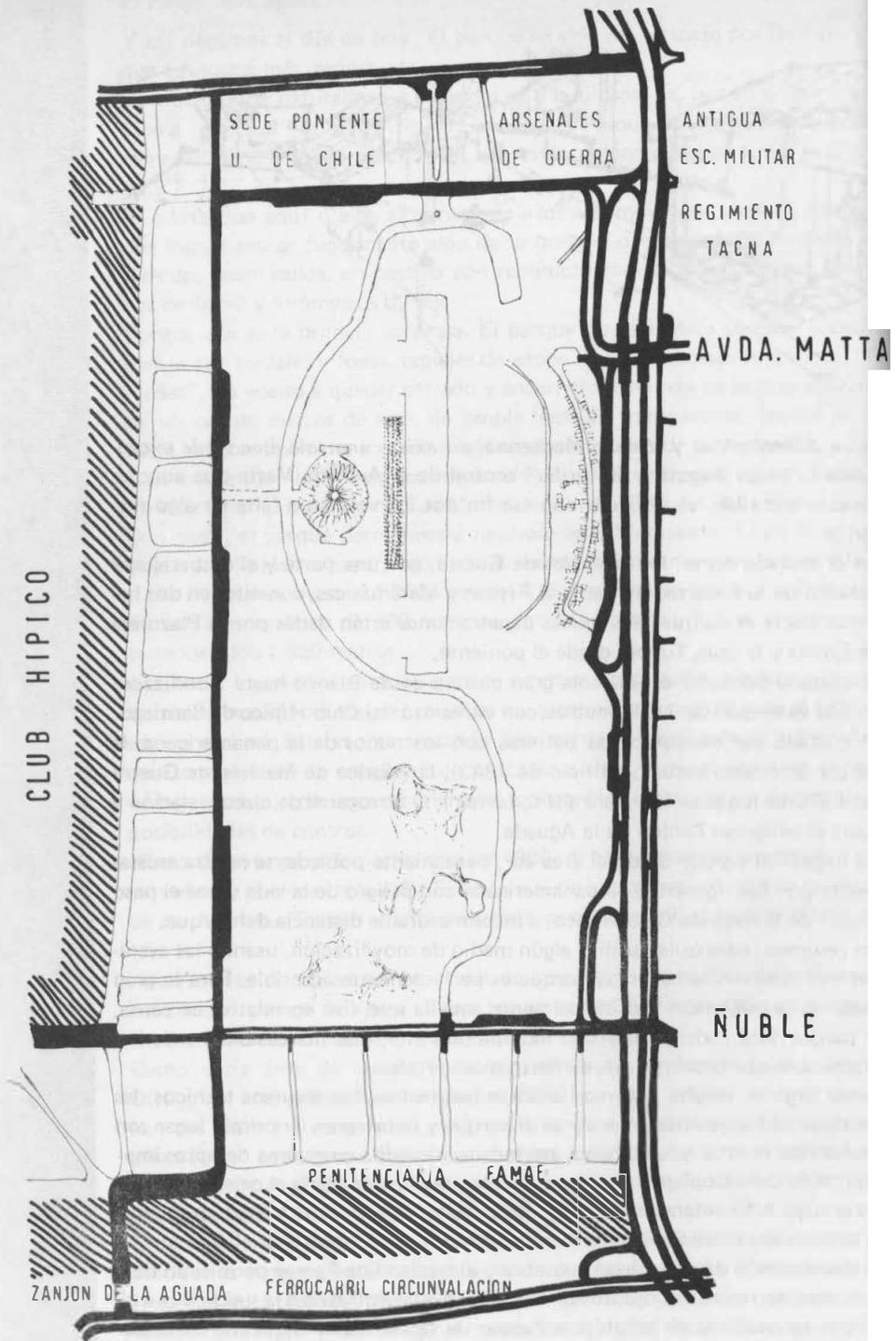
El costado poniente es una sola gran barrera desde Blanco hasta Rondizzoni en una extensión de 1.200 metros, con el recinto del Club Hípico de Santiago. El costado sur multiplica las barreras con los nudos de la panamericana, la Cárcel (el mismo vetusto edificio de 1843), la Fábrica de Material de Guerra del Ejército (¿qué se fabricará ahí todavía?), el ferrocarril de circunvalación y hasta el peligroso Zanjón de la Aguada.

La llegada al parque desde el área sur, densamente poblada, se realiza escasamente por San Ignacio y la panamericana con peligro de la vida y por el paso a nivel de la Avenida Club Hípico, a inconmesurable distancia del parque.

En resumen, para quien utilice algún medio de movilización, usando las avenidas estructurales urbanas, el parque es perfectamente accesible. Para la gran masa de la población y principalmente aquella que vive en relativa cercanía, el parque está rodeado por una muralla más alta, más inaccesible y más impracticable que la propia reja de fierro que lo rodea.

Tarea urgente resulta entonces arbitrar los medios, los recursos técnicos, las medidas administrativas que abran el parque y lo integren en primer lugar con los barrios oriente y sur: pasos peatonales elevados en el área de aproximación de la calle Copiapó, puentes o túneles peatonales desde el oriente por sobre o bajo la carretera, conexiones peatonales seguras en el costado poniente de la carretera entre San Joaquín y Rondizzoni, para incorporar el área sur.

La desaparición de una Cárcel insalubre y el traslado de Famae permitirán destinar esos terrenos a conjuntos de vivienda que posibilitarían la unión entre el parque renovado y el hipotético Parque de Doña Isabel Riquelme abriendo así un vasto sector urbano a posibilidades de equipamiento de que carece casi por completo.



Pero volvamos al Parque y a su nuevo enrejado.

Comencemos por convenir en que no existe otra solución. El parque, a semejanza de la mayor parte de los grandes parques metropolitanos, necesita protección contra el robo, el abuso y mal uso. La experiencia de los últimos 30 ó 40 años lo está demostrando. El parque no sólo se ha deteriorado física y espacialmente, sino que además se había convertido en sede de hampones y vagabundos cuya sólo presencia excluía y ahuyentaba a todo otro tipo de usuarios.

Hyde Park en Londres, el Central Park de Nueva York, el Retiro de Buenos Aires, para nombrar sólo algunos muy conocidos, permanecen cerrados a partir de ciertas horas de la tarde. Su enorme extensión, unida a la oscuridad o la penumbra los convierten en sitios extremadamente peligrosos. En nuestra propia ciudad el cruce del parque Forestal a ciertas horas de la tarde o de la noche, constituye una empresa que requiere de bastante resolución y ánimo esforzado. El verdadero "despoblado" que se produce entre la muralla urbana continua, compacta, en el costado sur del parque y la calle Bellavista, es escenario habitual de toda clase de salteos, atracos, cogotos y atentados. En tales áreas desaparece casi por completo la seguridad y el resguardo que "lo urbano" implica en términos de proximidad y protección. Véanse al respecto los admirables conceptos de Jane Jacobs en "Muerte y Vida de las Grandes Ciudades".

Los niños y los jóvenes adolescentes, los enamorados olvidados del mundo, la pareja humana, los ancianos, necesitan de tranquilidad, protección y seguridad. Para ello, mal que nos pese se han inventado los cierros y los enrejados que permiten encerrar los elementos antisociales y en casos mantenerlos a prudente distancia externa.

Traspasemos pues la reja en la seguridad de que estaremos a buen resguardo. La vieja portada francesa "dont le entrée rappelle le Bois de Vincennes",¹⁶ ha sido reemplazado por un portalón a la chilena. A ambos lados nuestra mirada descubre, con simpatía y reconocimiento un pequeño rancho de ladrillo y teja con su corredor externo y acogedor. Por lo menos es un comienzo auspicioso...

Se entra nuevamente, como hace muchos años, a un vasto parque rumoroso. Los senderos y los caminos aparecen cuidadosamente delineados. Los viejos árboles despliegan retoños nuevos y, como en los viejos tiempos, una pradera verde se extiende ininterrumpida bajo las ramas. El agua ha corrido a raudales por las acequias y enjambres de jardineros han manguereado, sin apuro honrada y meticulosamente. La tierra sedienta ha recuperado su poder germinal y bajo la mirada atenta de paisajistas, agrónomos y técnicos agrícolas, treinta mil nuevos árboles afianzan sus raíces en la tierra renovada. Los jardineros han esparcido al voleo centenares de kilos de semillas y las superficies de césped que se han agregado al parque suman tanto como ocho estadios nacionales!

Diseñadores y arquitectos de mirada atenta y sensibilidad abierta, han redescubierto valores espaciales y ambientales.

Un trabajo cuidadoso que, al mismo tiempo que preserva valores tradicionales, realizándolos, se preocupa de adaptar a nuevas exigencias elementos en deterioro e incorpora otros nuevos, imaginativos, contemporáneos en armonía

con su entorno.

Aquí y allá surgen, puestos nuevamente en evidencia, viejas fuentes, viejas estatuas y viejas glorietas remozadas por obra de una cuidadosa ambientación. Un grupo de columnas anacrónicas se convierte con la creación de una plazoleta y unas gradas de piedra en un lugar sugerente como su nuevo nombre: Las Ruinas...

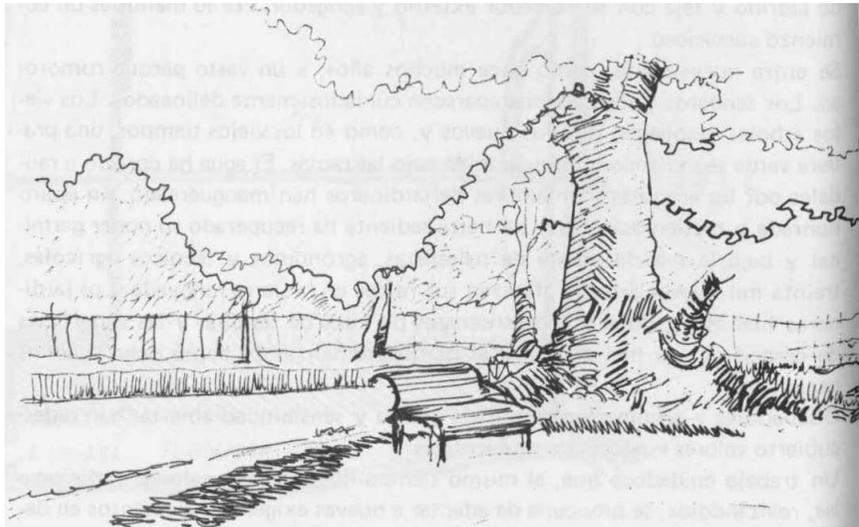
Un emparronado metálico que espera glicinas, buganvillias y flores de la pluma, rodea una vieja fuente francesa de la que ha vuelto a escurrir el agua. Una pérgola de madera, cubierta de rosas, encierca una pareja de bronce, desnuda junto al lago, que debió ruborizar y acaso hacer soñar sueños inconfesables a alguna tímida virgen prudente de fines de siglo,

En el jardín del silencio, una tenue hilera de piedras borda dibujos entre el pasto convirtiendo una simple pradera natural en una obra de creación en que la intención humana se manifiesta.

Y así se multiplican los espacios re-creados, espacios que han adquirido nueva vida y que se integran armoniosamente con nuevos elementos y nuevos espacios. Los juegos infantiles, imaginativos, creadores, donde la fantasía de los pequeños inventará sus propios mundos nuevos; las canchas deportivas, el equipamiento cultural, las nuevas instalaciones para ejercicios militares, el estadio cubierto en construcción, la laguna desecada y saneada donde el agua de pozo profundo será, por primera vez en su historia, cristalina.

En un rincón, detrás de las nuevas graderías de césped se trabaja afanosamente en la construcción de una calle de pueblo. Allí, sin pretensiones de copiar pseudo estilos pueblerinos, se levantan una veintena de edificios destinados a la epopeya de las comidas y vinos de Chile. Allí, en una plazoleta sombreada por árboles gigantescos las manos creadoras del pueblo entregarán gredas, cesterías y chamantos multicolores. Todo ello no está todavía terminado. Falta aún mucho por hacer. Pero el milagro se está realizando...

Pero, si hablamos de milagro, hablemos también del santo.



Se trata esta vez de un santo laico e institucionalizado que responde a una sigla y a un logotipo: CORMU, Corporación de Mejoramiento Urbano.

Tras esta sigla impersonal, se encuentran una estructura administrativa, una organización eficiente, una oficina de Parques y Recreación, una Comisión especial nombrada por el Presidente de la República. Todo muy importante y casi, podría decirse, solemne.

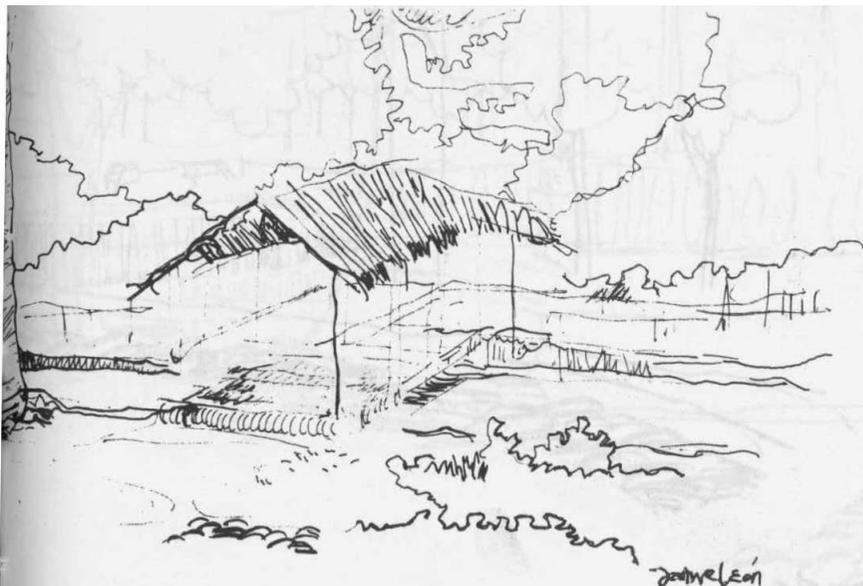
Pero, aún en estos tiempos, en que desaparecidos los Mecenas decimonónicos, el estado omnipresente se hace cargo de todo, existe, para el común de los mortales, la necesidad de personificar en algo tangible, accesible, el reconocimiento ciudadano.

Para mí, personalmente, el parque es obra de los que trabajaron con sus manos y en ellos están incluidos los que abrieron el surco y los que lo diseñaron. Los obreros que entregaron su trabajo y su esfuerzo físico, levantaron muros, colocaron rejas, desecaron lagunas, pusieron la simiente, podaron, desmalezaron y plantaron. Centenares de trabajadores anónimos que contribuyeron con miles de horas de trabajo.

Junto a ellos, un equipo de profesionales y técnicos. Dibujaron, diseñaron, crearon y soñaron con la esperanza puesta en una mañana mejor para nuestro pueblo. Pienso que sería justo nombrar a cada uno de ellos: Carlos Martner, Raúl Bulnes, Miriam Beach, Virginia Plubins y Enrique Traverso arquitectos; Ilona Buntemeyer, Cecilia van der Wyngard, María Santa Cruz, paisajistas; Luis Bianchi, taxónomo; Fernando Moya, técnico agrícola; Alfredo del Río, ingeniero agrónomo.

Por todos ellos, y siguiendo una tradición nacida con el parque, levantemos un imaginario cacho de chicha y hasta verte...

Para terminar, una pequeña confesión. Personalmente yo, y muchos de mi generación, seguiremos llamando al pan, pan y al vino, vino. La Junta de Gobierno presidida por Don José Miguel Carrera pretendió cambiar, en 1811, el nombre de la calle Ahumada. No creo que exista hoy ni siquiera un ratón de



biblioteca que recuerde el nombre que entonces le pusieron, tan patriótico como el de O'Higgins y de que, seguramente, el señor Ahumada debió ser bastante momio...

La calle Ahumada sigue siendo Ahumada, la Alameda, sin álamos, sigue siendo Alameda y el parque seguirá siendo COUSIÑO en memoria de quién, hace cien años plantó la semilla, delineó la elipse y la laguna y le dió a Santiago su primer parque y su primera expresión de belleza perdurable.

Recado al Director de la Revista:

Estimado Director: El presente artículo fue solicitado, con el encargo de que resultara "liviano". Si lo es, quede por lo menos en claro que es vigorosamente histórico, y como en el proverbio latino, pretende enseñar riendo, sin adusteces ni engolamientos.

Para escribirlo, he tenido a mano un Seminario realizado por nuestra colega Francisca Baeza. Sin él, me habría sido imposible realizarlo. Se trata de un trabajo excelente, bien documentado, un trabajo de investigación minucioso y apasionado. Si hubiera tenido que citarlo en cada ocasión, las citas habrían resultado interminables. Me he limitado a dar una versión libre de él, haciéndome responsable de su forma externa.

Mis sinceros agradecimientos y mi felicitación a la colega Francisca Baeza.



